

José Antonio está presente en nuestros afanes

Nos ha tocado a las generaciones actuales, a los jóvenes de hoy, abrir los ojos a la vida en la siguiente actuación; el mundo viejo, y el orden social quebrándose, deshaciéndose, y una Patria grande y poderosa antes, en ruina; el sistema capitalista agonizante.

El orden capitalista era una necesidad cuando creció la gran industria y se hizo necesaria la acumulación del capital. Pero la gran industria fué creciendo y absorbiendo al mismo tiempo a los pequeños capitales a las industrias pequeñas. El capitalismo era, desde el principio, el gran enemigo del obrero, al que reclutaba en las filas anónimas de la fábrica, y era también enemigo del pequeño capital porque absorbía y aniquilaba las fuentes de producción, sustituyendo al hombre, al industrial pequeño, por unas cuantas hojas de papel, sin nervio ni corazón. El capitalismo convertía los hombres, los trabajadores, en proletarios, es decir, en individuos que, apartados de los medios productivos, esperaban al cabo de unos días un salario por la prestación de un trabajo abrumador.

El capital devoraba al obrero, a la industria; devoraba cuanto caía bajo su alcance. Por devorar todo ha empezado a devorarse a sí mismo. Y el hambre aumenta en las clases proletarias, y los obreros parados se multiplican considerablemente, sin hallar el menor resquicio acogedor en el sistema que agoniza. Esto en cuanto al orden social y económico.

Pero es que, además, nos hemos encontrado con una Patria que ya no era un archivo de recuerdos, sino una Patria destartalada, venida a menos, inerme, en ruina, con sus costas abiertas a los de fuera, a cualquier posible ataque. Era una Patria que podía permitir ya que en su Constitución se escribiesen estas palabras: "España renuncia a la guerra". España renuncia a la guerra, esto es, que si la atacan no se defiende. Vale tanto como decir: Me has dado una bofetada. Puedes pegarme otra y las que quieras, porque yo no pienso defenderme. Esto para nosotros, es un oprobio, una vergüenza. Pues bien, España ha permitido que en las páginas de la Constitución se escriban estas palabras.

Ante este espectáculo de la Patria deprimida, arrinconada, inerme; ante un orden social y económico que veía como aumentaba el número de hambrientos, de los famélicos, de los miserables, nosotros abrimos los ojos y encontramos que nues-

tros contemporáneos se hallaban divididos en dos bandos que llamaremos derechas e izquierdas.

Las derechas españolas se desentendieron por completo de las angustias del pueblo español, de sus necesidades apremiantes, de su situación dolorosa.

Vosotros habéis visto al hombre español trabajando de sol a sol por un plato de gazpacho y habréis descubierto en los confines de los páramos españoles, gentes con ojos iluminados, como en los mejores tiempos, capaces de toda empresa, vivir una vida miserable y dolorosa. La existencia de estas pobres gentes pondría los pelos de punta si la viéramos aplicada a los animales domésticos.

Las izquierdas han venido proclamando a los cuatro vientos la necesidad de llegar a una verdadera justicia social, fuera como fuera, más al mismo tiempo se esforzaban en arrancar del alma del obrero todo impulso espiritual, todo estímulo religioso. Llenaban de odios las masas obreras, no para mejorar la Patria, ni para restablecer la más perfecta justicia social, sino para medrar, encaramándose sobre las espaldas de las masas hambrientas, como señor de horca y cuchillo.

Nosotros, al enfrentarnos, al situarnos entre estas derechas y estas izquierdas, no sabíamos dónde incorporarnos. Unas carecían de valor social; otras difundían las grandezas y las glorias de la Patria. Nosotros decidimos encerrarnos en nuestra torre de marfil, donde esperábamos los acontecimientos, creyendo que era hermoso encerrarse en la torre de marfil, de espaldas a las angustias del pueblo. Así vivíamos hasta que por fortuna, vino una revolución a sacarnos de nuestro engaño. Una revolución que nos cogió desprevenidos, como se coge por la cintura a los niños indecisos y se les arroja al mar, donde tendremos que nadar todos, queramos o no queramos.

Veréis como nadamos y vamos lejos, porque nosotros, y ésta es nuestra gloria y nuestra fecundidad, hemos fundido aquellas dos cosas. ¡Qué es eso de canciones y gritos callejeros y nada de justicia social! ¡Qué es eso de engañar a los obreros y ocultarles que se puede ser libre, fuerte, dentro de una Patria grande, libre y justa!

Cada uno, en su tumba, habrá un día que sienta retemblar los huesos bajo el peso triunfal de las legiones nuevas. ¡Arriba España!